

¡CUÉNTAME CÓMO PASÓ!



PREMIOS INICIACIÓN A LA INVESTIGACIÓN. MODALIDAD A

CARMEN BALLESTER ALCARAZ

COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES (1º Y 2º ESO)

2019

Me gustaría contaros una historia de película, de supervivencia, de alegría, de amor... Me gustaría contaros la historia de toda una vida, la de mi bisabuela, María Gracia Tomás Hernández. Ella fue una niña de principios del siglo XX, una adolescente de guerra, una joven de postguerra, una mujer trabajadora desde muy pequeña, en definitiva, una luchadora. Ha sido madre de tres hijos, abuela de nueve nietos y bisabuela de siete bisnietos. Una superviviente en toda regla.

Por todo eso y mucho más, me gustaría tener el placer de contaros esta historia narrada en primera persona, que ahora también, en parte, siento que es un poquito mía.

Infancia

Me llamo María Gracia Tomás Hernández y nací el 10 de octubre de 1924 en la calle Sancho Medina número 41, en Villena. Mis padres se llamaban Filomena Hernández Alberto y Bartolomé Tomás Marco y tuvieron cinco hijos: María Gracia, Filomena, Lorenzo, Gloria y Gaspar, de los cuales solo quedamos mi hermano pequeño Gaspar y yo. Mis abuelos, por parte de madre, eran Gaspar Hernández Galipienzo y Filomena Alberto Hernández y los paternos se llamaban Lorenzo Tomás Tomás y María Gracia Marco.

Mi padre era agricultor y labraba sus tierras. Por otro lado, mi madre era ama de casa. Recuerdo que teníamos animales como cabras, gallinas, conejos, mulas, caballos,...



Filomena y Bartolomé, mis padres



Yo sentada en segunda fila, en el quinto lugar por la izquierda

Fui al colegio de las Carmelitas, que por aquel entonces estaba en frente de la Iglesia de Santiago. Especialmente, estudiaba Matemáticas. Por las tardes ayudaba a mi madre y cuidaba de mis hermanos. Cuando fui

teniendo algunos años más, la Madre María Salas me llamaba para que le ayudara a dar clase y, después, me daba dos pesetas por ello. Por su parte, mis hermanos iban al colegio de los Salesianos, pero sin pagar porque teníamos a mi primo dentro del colegio, el beato Felipe Hernández, del cual, actualmente, hay un cuadro en la capilla de la Iglesia de Santiago y una calle en su honor. Mis padres nos educaron como mejor supieron, intentando que fuéramos generosos y compartiéramos lo que teníamos. Por ello, les solía llevar caramelos, dulces o algún juguete a algunos niños que vivían por la zona de “El Rabal”, los cuales estaban enfermos.

Cuando empecé a trabajar, con unos once años, me dedicaba a coser. Mi maestra Ester, a la que recuerdo con afecto, me cogió mucho cariño, tanto, que incluso me regaló una sortija. Más tarde, comencé a llevar leche y queso a algunas casas de los vecinos, los cuales, en algunas ocasiones, también me obsequiaban con algún detalle como toallas, entre otras cosas.

En la familia de mi abuela eran cinco hermanas y dos hermanos. Uno de los hermanos era banquero y el otro era “Carlista” por lo que siempre estaba en la Guerra. Las cinco hermanas vendían el pan en su propio horno. El que sobraba a partir de las seis de la tarde lo repartían todos los días en la puerta de la panadería a la gente pobre. Yo era muy pequeña, pero a pesar de esto, en ocasiones, iba y les ayudaba. Más tarde, dos de mis tías se fueron a Argentina, llegando a ser uno de sus hijos Cónsul de España en este país.

Guerra

Cuando empezó la Guerra Civil, yo solo tenía doce años. Actualmente, la adolescencia comienza a esta edad, pero antes, aún estabas en la infancia. Las cosas comenzaron a torcerse en el año 1936. Tengo muchas experiencias que siempre perdurarán en mi memoria. En primer lugar, recuerdo que si mi familia no les daba aceite a los vecinos con poder, nos amenazaban con quemarnos la casa. Ellos todos los meses venían, me daban unas garrafas muy grandes y las tenía que llenar del aceite que recolectaba y elaboraba mi padre.

Mi familia era neutra, pero a la vez era católica, por lo que cada vez que íbamos a la iglesia teníamos que tener cuidado porque los vecinos republicanos decían que a todo aquel que oliera a cera le cortaban la cabeza. Con lo de la cera no se referían al olor, porque era imposible que terminaras oliendo, pero ya te conocían y sabían que ibas a menudo a misa, por lo que teníamos que llevar mucho cuidado. El mismo riesgo corría

cuando iba a la “Canal del Herrero” a lavar la ropa. Entonces, los vecinos me decían que iban a enchufar el motor del agua y que volviera otro día para evitar que vinieran a por mí. Siempre he tenido la suerte de tener vecinos que nos apreciaban mucho y cada vez que estábamos en peligro nos avisaban.

Un día, más concretamente el 19 de diciembre de 1936, estábamos mi hermano menor y yo en la puerta de mi casa. Él jugaba en la acera de la calle con un coche que le había hecho con dos botes de leche condensada una familia conocida como “Los Arturos”, -la cual fabricaba los carros de las mulas-. Yo estaba cosiendo. Se oyeron, de repente, gritos de los vecinos. Empezaron a chillar avisando de que venían los aviones de guerra y, en un abrir y cerrar de ojos, descargaron una bomba. Nos resguardamos en la despensa que había debajo del hueco de la escalera, ya que si se producían desperfectos en la estructura, los daños eran menores. Al salir, vimos a una señora mayor que antes del bombardeo estaba tomando el sol. Una metralla la había alcanzado y había fallecido. No le había dado tiempo a protegerse. Apresurada y nerviosa, cogí a mi hermano Gaspar en brazos y me fui a “Las casas del traperero”, situadas por el cementerio, donde se encontraba mi padre labrando el terreno de su madre. Le conté lo ocurrido y me dijo que permaneciera allí, que él iba a buscar al resto de la familia. Cogió la mula que quedaba en mi casa, comida, una saca de paja y mantas para poder quedarnos en ese lugar hasta que terminara el bombardeo, que solía durar un par de días. El agua que había en el pozo de aquella zona era potable, pero no era muy buena. Me acuerdo de que durante esos días algunos vecinos vinieron donde nosotros. Los hombres durmieron en las camas de la casa y las mujeres nos arreglamos con la paja y mantas que teníamos. Finalmente, vivimos un tiempo considerable allí. No lo pasamos mal mientras estuvimos, comparándolo con la situación en la que se encontraba el pueblo en esos días. Con el tiempo, este terreno terminó siendo vendido por mi abuela, el cual se lo pagaron con “doblicas” de oro. Habían plantados melocotoneros, manzanos, granados, oliveras y almendros. Todavía conservo, hoy por hoy, una rama de almendro que cogí de aquel lugar.

Teníamos una capilla en casa. En ella había un Cristo Crucificado y una Virgen de unos 70 centímetros, la cual llevaba un manto precioso que habían traído mis primos de Argentina. Como ya he dicho con anterioridad, teníamos que estar siempre alerta, hasta que un día pasó lo que más temíamos. Vinieron y nos quemaron la capilla. Mi abuela, intuyendo lo que podía ocurrir, había tapiado la imagen para que no la encontraran. Al principio, así fue, pero finalmente tocaron con la mano en la pared y notaron un hueco, lo

abrieron y allí estaba mi preciada Virgen de los Dolores. Casi sin darme cuenta, todo empezó a arder y, gracias a Dios, mi abuela, sin dudar, cogió una escalera de madera, me levantó y agarré rápidamente la cruz, ya que esta se encontraba en alto. Fue lo único que pudimos salvar. Aunque, al principio, se la llevó la familia de los “Calamucha” para que no ocurriera nada y no nos la pudieran quitar, cuando pasó el peligro, nos la devolvieron. Un tío mío tuvo que hacerle un soporte porque el original se había quemado junto a la capilla. La cruz todavía la conservo, está colocada en la mesa de mi comedor y la veo todos los días.

En ocasiones, iba a coser trajes de militar a un edificio, cuya propietaria era Dolores Aynat, en la calle Corredera (en la actualidad, colegio “Paulas”). Allí también solía ir una chica que me daba la sensación de que se creía superior a mí y estábamos en continuo pique. Yo no es que me viera por encima de nadie, jamás, pero no me gustaba que la gente se creyera lo que no era. Un día descubrí que ella no sabía leer. Y yo tuve la suerte de poder aprender.

Otra de mis muchas historias durante la guerra ocurrió un día cuando fuimos a ensayar a la Iglesia de Santiago, como era costumbre, ya que cantaba en el coro de la parroquia. Subimos a la planta de arriba por las escaleras que había a la entrada. Y cuando ya estábamos practicando, vinieron unos jóvenes no afines al Régimen y, sin que nos diéramos cuenta, nos cerraron la puerta que había y nos quedamos encerradas. En cualquier otra situación, la podríamos haber saltado, pero en nuestro caso, la puerta era muy alta. De los nervios, todas las presentes nos agobiamos y terminamos llorando. Después de un largo tiempo, aproximadamente dos horas, vinieron varios hombres y una por una, nos íbamos levantado lo máximo posible y ellos, desde el otro lado, nos cogían.

Por otro lado, en mi casa había un pozo que nos suministraba agua en mi vivienda y en la de al lado. Cuando los animales de los vecinos tenían que beber agua, abríamos una puerta y entraban para refrescarse.

Todos los días pasaban por mi casa pobres sin hogar ni comida, los cuales iban pidiendo alimento. Si entraban a mi domicilio cuando mi abuela estaba preparando la comida o ya estaba hecha, siempre les daba un plato, y las personas, muy respetuosas, se salían a la calle a comer. Era algo habitual. Sin embargo, mi abuela no permitía que eso pasara, por lo que les daba asiento y todo lo que necesitaran. Si no estaba la comida preparada, les dábamos lo que teníamos y se iban muy agradecidos. Lo que hacía ella, lo hacían muy pocos. El ser generoso y el compartir son valores que siempre me ha inculcado mi abuela y se lo agradezco. Puedo asegurar con total certeza que de mi casa

no se ha ido nadie sin comerse un plato de comida y es algo de lo cual me siento orgullosa.

Otro suceso que pude vivir en primera persona fue cuando quemaron a la Virgen de las Virtudes. Mi padre tenía tierras cerca de La Laguna. Yo solía ir a ayudarle. Un día normal entre semana llegué al campo con un carro y un caballo y, detrás de mí, seguían llegando trabajadores. De repente, vimos mucho humo cerca de aquel lugar y nos aproximamos. Algunos, por miedo al ver la situación, se fueron a sus puestos de trabajo. La gran mayoría. Pero otros nos quedamos paralizados al ver lo que estaba sucediendo. No nos podíamos creer que estuvieran quemando a nuestra Patrona. Al día siguiente, regresé a las tierras de mi familia con mi abuela y algunas vecinas y, al ponernos a cultivar la tierra, encontramos entre las cenizas los flecos del manto de la Virgen, que al ser de oro y plata, se habían conservado. Fue al terminar la guerra cuando el escultor Navarro Santafé realizó una réplica de la Patrona.

En el segundo y último bombardeo a Villena, el 13 de enero de 1937, también estuve presente y me acuerdo de todo lo que ocurrió. Salía de la Iglesia con mi prima Carmen y mi amiga Paca, y me dijeron, a la altura de “La Puerta Almansa”, que si las acompañaba a la estación, ya que venían algunos familiares y amigos suyos que eran soldados. La estación estaba llena, pues iban a regresar, temporalmente, los soldados villeneros. Vimos a sus familiares recién llegados y, de repente, todo el mundo comenzó a chillar como en la primera ocasión. Sin darme cuenta, ya estaban los aviones de guerra en nuestras cabezas. Conseguimos refugiarnos en la misma estación junto a unos cuantos soldados y los familiares de mi prima y mi amiga. Por suerte, una bomba no explotó porque cayó en un vagón con paja y esta lo frenó. Otra bomba sí que estalló, pero no recuerdo si hubo muertos. Al intuir que había terminado el bombardeo salimos de la estación y cada una se fue a su casa con un gran susto en el cuerpo.

En las dos ocasiones bombardearon la vía ferroviaria porque la intención era cortar la conexión Alicante-Madrid. Mi familia y yo corríamos mucho riesgo, ya que vivíamos muy cerca de las vías del tren.

Postguerra

Villena quedó muy destrozada. Muchas casas y monumentos estaban deteriorados o destruidos, gente sin hogar, falta de suministros, personas sin comida... Sin embargo, tuve la suerte de que mi familia tuviera tierras y cultivos, y nunca sufrimos los efectos de la guerra.

Durante la contienda, las Fiestas de Moros y Cristianos se suspendieron, pero cuando finalizó, se retomaron. Al principio salía desfilando poca gente, ya que muchas personas lo habían perdido todo. La familia de mi madre no veía los desfiles de las fiestas porque un 5 de septiembre murió su padre, es decir, mi abuelo materno, y seguían guardando el luto. Pero mi padre era muy festero y yo también. Así que cuando terminó la guerra, me llevé una alegría al poder ir a ver de nuevo los desfiles. Como mi madre no salía de casa esos días, mis hermanos y yo siempre le llevábamos chufas de los puestos. Le encantaban. Esto lo recuerdo con alegría, ya que me hacía feliz ver a mi madre sonreír con tan poco en días tan tristes para ella.

Al novio de mi maestra de costura lo habían matado en la guerra. Ella, unos jóvenes y mi compañera "Mundita" se empeñaron en hacer un ritual para comprobar si el novio les podía hablar. Me pidieron que me quedara. Yo soy muy miedosa, pero, al final, la curiosidad me impidió irme. Empezaron invocando su espíritu, pidiéndole, que si era él, diera tres golpes en la mesa. Y en la mesa se oyeron tres golpes. Así durante un largo rato hasta que la mesa se volcó sobre las piernas de Ester, mi maestra. Me quedé muerta de miedo. Tanto, que del susto me daba reparo ir por las calles a oscuras sola, por lo que me tuvieron que acompañar a casa.

Durante estos primeros años de postguerra seguí cosiendo y vendiendo leche de cabra. Mi día a día era trabajar, ayudar a mis padres en lo que pudiera y cuidar de mis hermanos.

A los 15 años conocí al que sería mi marido. Un día estaba con una amiga y me dijo que su hermano había conocido a un chico muy guapo en el servicio militar y que ya estaban en Villena. A mi amiga le gustaba aquel chico. Poco tiempo después, quedamos con más amigos. El joven se me acercó, empezó a hablarme y a preguntarme si yo estaba acompañando a mi amiga y me insistió para saber si yo estaba soltera. Comenzamos a quedar más veces, por lo que cada vez nos íbamos conociendo mejor. Al cabo de unos meses, nos hicimos novios. Él se llamaba Juan Alcaraz.

A pesar de que yo tuviera novio, seguía saliendo con mis amigas. Manuela, una compañera que cosía conmigo y que era mayor que nosotras, siempre nos acompañaba al cine o adonde fuéramos. En Villena había tres cines: "Cine Avenida", "Cine Chapí" y el "Cinema". Acudíamos al que proyectaba la película que más nos gustaba. Solían ponerla sobre las cuatro de la tarde para que las mujeres estuviéramos lo antes posible en nuestras casas. Cuando llegaba la hora de recogerse, Manuela nos avisaba y nos retirábamos todas a la vez.

Cada vez iba cogiendo más práctica en el mundo de la costura y empecé a hacerles vestidos a mis dos hermanas y a mis primas.

Yo tenía familia en Valencia y un día fui a visitarles. Mi tía María, mujer del hermano de mi madre, también tenía familia allí así que aprovechamos y partimos los tres hacia la ciudad valenciana. Nos fuimos en el carro con la mula y el viaje duró aproximadamente cinco días. Hicimos varias paradas en algunos hostales hasta que, finalmente, llegamos a la Capital de la Comunidad. Recuerdo que me propusieron ir al cementerio, ya que estaba adornado con preciosas flores. Acepté, pero no sabía lo que me esperaba. La verdad es que el cementerio era muy bonito. Estaba repleto de arcos, murales y espacios con flores coloridas y alegres. Jamás había visto un cementerio tan hermoso como aquel. Sin embargo, en una zona del mismo había más penumbra. Nosotros, sin percatarnos, seguíamos dando vueltas hasta que encontré un foso con gente fallecida. Esos cadáveres estaban recién fenecidos y la mayoría llevaban puesta la ropa. Me dio mucha impresión ver en una fila larga todos los pies de esos cuerpos inertes con sus respectivos zapatos. A la vuelta todos querían pasar por la parte bonita nuevamente, pero yo opté por ir por el camino más rápido y salir de allí lo antes posible. Fue una experiencia que no se me olvidará.

Mi viaje continuó. La siguiente parada fue un enorme parque a las afueras de la ciudad. Allí fuimos a comer, nos pusimos cerca de un lago y, de repente, unos cisnes comenzaron a chapotear con el agua y terminé empapada. Ese parque me encantó. Estaba lleno de animales, árboles de distintas clases, flores de todos los colores...

El principal motivo de ir a Valencia fue el de conocer la venta de la leche de vaca. La familia de mi tía criaba estos animales y en Villena todavía no había. En el pueblo, la leche era de cabra. Lo primero que me impactó fue ver que las lecheras iban recorriendo las calles de la ciudad y cuando encontraban un vecino que quería leche, se la entregaban al instante, pues se ordeñaba la vaca en el momento. Viendo que en Villena podía tener éxito, puesto que aún no se había introducido ese tipo de leche, mi tía no dudó en llevar el oficio al pueblo. Así que ella fue la primera que introdujo la leche de vaca en Villena. Empecé a ayudarla y la venta se convirtió en todo un acierto, pues los vecinos no paraban de pedir de aquella leche. Curiosamente, a mi padre no le hacía gracia este tipo de lácteo, por lo que bebíamos de la leche de las cabras que había en casa. No obstante, yo seguí vendiendo a mis clientes el queso que fabricábamos. Mi tía, además, era el ama de llaves de “La casa de La Cadena”, actualmente el “Edificio de la Cadena” situado en la calle Corredera. Cuando disponía de un hueco libre, iba a hacerle

compañía. Me acuerdo de que para entrar en la casa tenías que cruzar un puente con un pequeño riachuelo.

Mi viaje estaba llegando a su fin. Durante estos días mi tía se había llevado la comida hecha. Pero mi tío echó al carro unas trébedes, una olla y los alimentos necesarios para hacer una paella. Pasamos por el barrio de Mislata y Campanar. Poco después, hicimos un descanso, mi tía sacó la olla y empezamos a cocinar la respectiva paella. Salió buenísima. Y después de un largo viaje, llegamos a Villena.

Con mi tía, cuando podía, íbamos a unos baños situados en Fortuna. Estos baños eran de agua caliente y se decía que eran muy beneficiosos para la salud.

En verano acudíamos a la playa de Alicante. En aquella época había una plataforma de madera y casetas individuales, también de madera, con unas escaleras con las que se podía acceder directamente al agua. Cuando era la hora de marcharnos, subíamos a dichas casetas y nos cambiábamos de ropa. Estas estructuras se construyeron debido a la censura de bañarse en público.

Vida familiar

Tras ocho años de noviazgo, Juan -mi novio- y yo nos casamos. Fue un jueves 15 de agosto de 1946, Día de la Asunción. Los vestidos de novia en aquella época eran negros y el mío me lo cosí yo misma. Recuerdo que por la parte delantera era con brillo y por detrás, mate. Las celebraciones eran muy distintas a las actuales. Nos casábamos varias parejas a la vez y la ceremonia se celebraba a las 8 de la mañana y, en vez de una comida o cena, se preparaba un desayuno. En mi caso, antes de casarme, tuve que ordeñar las vacas y al terminar me fui a la Iglesia. La boda la celebramos en el Círculo Agrícola Mercantil Villenense y agasajamos a los invitados con churros con chocolate, una toña y bizcochos, lo típico de un desayuno. A la hora de comer, la gente ya se iba a sus casas.



Mi marido y yo el día de nuestra boda

Mi tío Roberto, con el que me fui junto con mi tía María a Valencia, tenía una enfermedad pulmonar. Casi siempre estaba en cama. Lo apreciaba muchísimo y siempre que podía, lo cuidaba. Un día entré a su habitación y, muy débil, porque apenas podía hablar, me susurró que me iba a regalar el velo que las novias llevaban sobre la cabeza, la mantilla y la tela del vestido. Fue un momento muy especial entre los dos.

De viaje de novios, volví a Valencia, haciendo una parada en Alicante para aprovechar y visitar a mi tío Ángel que era comerciante de telas. Esta vez hubo una novedad y es que nos fuimos en tren.



Comunión de mi hijo Diego. Él, en el centro; yo, en la parte superior derecha.

Juan y yo, tras la boda, seguimos viviendo en mi casa. Pronto me quedé embarazada, sin embargo, poco después, aborté. Fue el 3 de enero de 1949, a los 25 años, cuando tuve a mi primer hijo, Diego Alcaraz Tomás. Dejé el trabajo para cuidarlo, pero aún así seguía cosiendo para mi familia y ayudando a los míos. Mi hijo era sonámbulo. Una noche me desperté porque escuchaba ruidos extraños. Cuando fui a ver lo que pasaba, me encontré a Diego en la parte superior de la casa, al lado de la despensa, sin parar de llamarme y decirme que se iba a tirar, pero no era consciente de nada. Él me cuenta, todavía hoy, que se acuerda de que se despertó de repente, que estaba en la salita donde cosíamos y no sabía por qué se encontraba allí.

Cuatro años después, el 14 de marzo de 1953, nació mi hija Rosa y, tras su nacimiento, nos mudamos a mi actual casa. Esta era la casa familiar de mi abuela, pero por esa época pertenecía al padre de mi primo, el beato Felipe Hernández, hermano de mi madre. La madre murió de sobrepeso, mi tío se casó con otra mujer y tuvo hijos, por lo que la casa ya no era suya. Realmente, nadie vivió en esa casa y me tocó a mí por herencia. Así pues, nos mudamos a la calle San Bernabé número 21. Al principio nos fuimos mi marido, mis hijos y yo. Nos adaptamos muy rápido. Más tarde, se mudaron mis padres y mis dos hermanos menores. Al trasladarnos, tuvimos que reformar la casa para

poder ubicar a los animales. Mi padre construyó una cuadra para las mulas y una vaca; también, un almacén y, en la parte de arriba, un pajar y un granero para guardar el



Mi marido en la nueva vivienda

alimento de estos. Además, montó un corral para las gallinas y los conejos. El carro lo guardábamos en la cochera junto a las herramientas y utensilios. La casa tenía tres habitaciones. En una dormían mi hermano Gaspar y mi hijo Diego. En otra, mis padres y mi hermano Lorenzo y en otra mi marido, yo y mi hija Rosa. Al poco, mis hermanos se casaron y se mudaron con sus respectivas mujeres.

Mi hija Rosa tenía un pelo muy largo. Un día le hice unas trenzas, se las corté y fuimos las dos a entregárselas a la Virgen de las Virtudes como ofrenda. Sin embargo, unas personas nos las robaron y nos quedamos muy entristecidas.

En las vías que estaban en frente del actual supermercado “Día” los trenes solían transportar vino que se cargaban en las propias bodegas de Don Cristóbal Amorós. Hasta los vagones se introducían dentro de la bodega. Este vino llegaba a Francia. Pero también, venían vagones con estiércol. Este se depositaba en los carros de las mulas para poder transportarlos a los distintos bancales donde se criaban ajos, patatas y cebollas, ya que la huerta de Villena disponía de mucha agua. En el caso de mi familia también recogíamos dicho estiércol anualmente.

Dieciséis años después de tener a Diego, el 21 de julio de 1965, llegó mi hijo Bartolomé. Era un niño muy nervioso, todos los días a las 7 de la mañana salía a la calle y se ponía a tocar el



Mis hermanos Lorenzo (a mi derecha) y Gaspar (a mi izquierda) junto a mi padre sentado en el centro

tambor para despertar a los vecinos. No obstante, a las 8 de la noche ya estaba durmiendo. Él jugaba en la calle como todos mis hijos. Cuando iban a pasar las mulas con los carros, los trabajadores avisaban y los niños se apartaban porque los podía atropellar, ya que los animales se ponían nerviosos al ver el balón de un lado a otro. Mientras yo repartía la leche, mi hijo Diego y su novia Virtudes cuidaban de mi hijo Bartolomé.

En mi día a día iba al mercado a comprar los productos que nos hacían falta. Antes estaba situado en la Plaza de los Cristianos. En el centro estaban los puestos de fruta y verdura y en las esquinas estaban los del pescado y carne, pero de estos también había tiendas alrededor del mercado. Los puestos de tejidos y telas se situaban en la Calle Mayor. Iba casi a diario para comprar los alimentos del día, ya que los frigoríficos no existían y se consumía todo fresco.



*A mi derecha mis hermanos Gloria y Gaspar.
A mi izquierda. Filomena v Lorenzo*

En todo caso, si almacenábamos comida era, por ejemplo, fruta, la cual se guardaba en la habitación más oscura y fría. Lo que menos compraba era carne, puesto que al tener animales en casa no era necesario. A la zona de las telas también iba frecuentemente para comprar tejidos para coser. Al cabo de unos años empezaron a vender barras de hielo que permitían conservar mejor los alimentos en unas especies de neveras de playa.



El día del Bautizo de mi nieto Daniel. Yo, a la derecha.

Con el paso del tiempo, cada uno de mis hijos siguió su vida, formando cada una de sus familias. Diego se casó con Virtudes Hernández y tuvieron tres hijos: M^a Inmaculada, Juan Diego y Esther. Rosa contrajo matrimonio con Juan García, los cuales tuvieron

a Juan Francisco, Silvia, Elena y David. Bartolomé, el más pequeño, se casó con Angelita Hernández y tuvieron a Daniel y Andrea.

Algunos de mis nietos también se casaron y ampliaron igualmente sus familias: Inma se casó con Alfonso Ballester y tuvieron dos hijos, Carmen y Alfonso. Juan Diego con Gisela González y tuvieron a Arturo y Gema; Esther se casó con Osman Kodak y tuvieron a Aslan y Sara y, por último, Fran se casó con Elena Baidez y tuvieron a Iván.

A día de hoy, con 94 años, vivo en casa de mi hija Rosa. Sigo acordándome de casi todo, pero hay vivencias que no recuerdo con nitidez. Soy consciente de que el tiempo pasa muy rápido y la edad no perdona, pues siempre he sido una persona muy activa, pero cada vez me cuesta más moverme también. Hablando del tiempo, hay personas que, desgraciadamente, nos van dejando. La última ha sido una de mis mejores amigas, Paca, que ha fallecido durante la realización de este trabajo y por la que he sentido mucho su pérdida.



Celebrando mi 90 cumpleaños

Cada vez que mis hijos, nietos o bisnietos vienen a visitarme disfruto mucho al sentir el cariño que me transmiten y al observar la atención que ponen al escuchar mis historias.



En mi 90 cumpleaños junto a algunos de mis hijos, nietos y bisnietos

Estoy muy contenta de la familia que he formado y me siento orgullosa de ver cómo crecen y cumplen sus sueños.

Me ha encantado que mi bisnieta escogiera mi vida para darla a conocer más allá de nuestra familia, sabiendo que mi testimonio quedará grabado.

Elaborando este trabajo me he dado cuenta de lo bien que vivimos en esta época, de por qué mi bisabuela valora tanto lo que tiene y, sobre todo, he conocido muchos más relatos de los que había oído sobre ella. También me ha servido para saber más sobre mi familia, mis antepasados y la Villena del ayer, pues he intentado comprender la forma de vida de las personas de hace casi cien años y algunas de sus tradiciones.

He ido a visitar con más frecuencia a mi bisabuela María para que pudiera ir contándome sus vivencias. Han sido muchas las visitas realizadas, pues la edad ha hecho merma en su memoria y, en ocasiones, ha resultado una labor ardua. Por otro lado, he compartido muchos momentos con mi abuelo Diego, el cual me ha ayudado a completar la historia de la vida de su madre.

No quisiera terminar este trabajo sin mencionar que a mi bisabuela María siempre le ha gustado mucho la poesía. Por ello, quiero dejar plasmado un poema que aún recita -y que escribió ella- dedicado a la Virgen de las Virtudes:

A la Morenica

“Llena de gracia morena
y entre Moros y Cristianos
que disfrutan como hermanos
eres la flor de Villena.

De la alábega, el perfume
de la fiesta, el esplendor
entre la pólvora nube
de villeneros amor.

Seguirte en la romería
es nuestra mayor alegría.
Eres por aclamación
el corazón de Villena”.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a algunos de mis familiares su ayuda a la hora de recabar información para la elaboración de este trabajo. Sin ellos, no hubiera sido posible.

A Gaspar, hermano de mi bisabuela; a mi tía abuela Rosa por el material gráfico; a mi abuelo Diego y, por supuesto, a mi bisabuela María, por el esfuerzo realizado.